

## *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

**En presente número de "Cuenta y Razón" vamos a procurar ofrecer al lector un conjunto plural de lecturas recientes producto de las novedades editoriales de los últimos meses. Nuestro viaje a través de ellas va a iniciarse en el territorio del ensayo político para concluir en materias religiosas. Procuraremos no sólo recomendar sino también juzgar con severidad algún libre reciente.**

**JAVIER TUSELL**

### *Ensayo político*

El libro de *John Dunn*, *"Democracia. El viaje inacabado (508 a. C. 1993 d. C.)"*, Barcelona, Tusquets, 1995, hubiera podido ser considerado en otro tiempo como un estudio difícil de ubicar por la pluralidad de procedencias e intereses de sus autores, pero éste no es el caso en el momento actual. La actual crisis del sistema democrático — referida no a sus fundamentos pero sí a su práctica habitual en muchos países— viene facilitando una reflexión de tratadistas de

muy diversas especialidades acerca de lo que es su esencia y han sido sus cambios con el transcurso del tiempo, en especial de cara a lo que debiera ser su futuro. En ese marco la aparición del libro dirigido por John Dunn y redactado por una amplia lista de autores resulta muy prometedora no sólo por el título (del que merece la pena resaltar ese "inacabamien-to" de la democracia), sino por la seguridad de que en el conocimiento de la experiencia concreta sobre lo que ha supuesto esta forma de organización política cabe

esperar que encontremos enseñanzas útiles para tiempos venideros. Desafortunadamente en el conjunto de textos agrupados por Dunn no hay sólo la esperable heterogeneidad de calidades que era, en principio, inevitable en cualquier libro colectivo sino que se percibe también una cierta falta de dirección. No se entiende, por ejemplo, cómo se ha atribuido una importancia tan escasa a la revolución francesa o la norteamericana, por qué figura un apartado dedicado al feminismo, el contenido de los capítulos dedicado al marxismo-leninismo

o a su caída y, en fin, la limitación de la experiencia del tercer mundo en materia de democracia a tan sólo el caso de la India. Un buen libro de colaboración no se basa en la homogeneidad de las respuestas sino en el sistema de preguntas en que se fundamenta, y en este punto el de Dunn sin duda está por debajo de cuanto promete su título.

Sin embargo es también cierto que la cuestión que en el libro se aborda resulta tan apasionante que el lector encuentra muchas y buenas enseñanzas en sus páginas. La democracia en su desarrollo histórico se caracteriza por no pocas paradojas. No sólo resulta que el concepto imaginado en la antigua Atenas ha venido a tener un éxito arrollador con el transcurso del tiempo sin basarse en la imitación de ninguna institución concreta sino que, además, lo ha logrado a pesar de que sus realizaciones históricas tienen a menudo muy poco que ver con esa idea original. Eso la hace no sólo perfectible sino constituir una idea abierta y una revolución siempre en trance de realizarse y nunca completada.

Lo que llama la atención de este libro es, en primer lugar, hasta qué punto experiencias históricas de un pasado remoto tienen resonancias que parecen remitirnos a problemas actuales. La profesionalización de la política o del peligro que nace de la misma, combatible por el ostracismo en la antigua Grecia, no deja de tener enseñanzas, por

ejemplo, para el momento presente. Por otro lado, sin embargo, la democracia ha de entenderse como un modo de convivencia que ha evolucionado decisivamente desde el punto de vista histórico. Lo que hoy entendemos por ella tiene sus orígenes más remotos no en Atenas sino en la Inglaterra del siglo XVII. Hay una distancia fundamental entre la democracia como posibilidad participativa en Atenas y las libertades protegidas por el marco

constitucional a partir del XIX. La realización práctica de lo afirmado por sus teóricos ha tardado muchos decenios en convertirse en realidad práctica y ha obedecido a tradiciones muy distintas. La revolución francesa tardó un siglo en llevarse a la realidad en este país. La experiencia española —liberalismo temprano y democracia tardía— se resume de forma muy adecuada en un capítulo redactado por Santos Julia.

Las principales conclusiones que el lector extraerá de este libro se refieren a dos ideas que se habrían de tener muy en cuenta a la hora de construir la democracia del futuro. A estas alturas parece evidente que no basta para la consideración de un régimen como democracia las garantías de los derechos, sino que es imprescindible algún grado de participación activa que no puede limitarse al acto electoral. Eso mismo revela hasta qué punto nos hallamos en un momento en que se está produciendo un cambio fundamental en nuestra visión acerca de ella como régimen político. Pero, además, lo corrobora aún más el hecho de que, en definitiva, la democracia se nos presenta como un modo de vida que sí, en la Atenas de hace 2.500 años, hizo posible una forma de razonamiento filosófico, en el momento actual tiene unas exigencias morales muy evidentes y explícitas que debieran nacer de la propia entraña del individuo.

## Reportaje de actualidad

El tipo de reflexión que hemos citado en el epígrafe anterior no ha sido, por desgracia, tan habitual en nuestro país en el que, en cambio, han abundado los libros denuncia, más limitados en sus propósitos e improbables en sus contenidos. Este es el caso de *Manuel Cerdán y Antonio Rubio, "El 'caso Interior', GAL, Roldán y fondos reservados: el triángulo negro de un ministerio", Madrid, Temas de Hoy, 1995*, aunque, lamentablemente, en él se encuentran pruebas sobradas de lo que el lector de la prensa diaria sospechaba con anterioridad a tomar este libro en sus manos.

Hay ocasiones en que una noticia tiene una relevancia tan extraordinaria que las propias incidencias en su gestación resultan por sí mismas noticiables. Algo así ha sucedido con la información surgida sobre la corrupción en el Ministerio del Interior que ha ido ampliándose en círculos concéntricos hasta constituir un gravísimo problema político nacional. En este libro dos de los periodistas que han contribuido más señaladamente a desvelar estos hechos escriben una narración en la que quizá no llama tanto la atención los nuevos datos que proporcionan como el origen mismo de su descubrimiento periodístico y la sensación de que ésta sigue siendo una historia inacabada. Sin duda el libro ha tenido un origen oportunista,

pero era obligado que los autores intentaran escribirlo en un momento como el presente. La narración, además, resulta bastante fragmentaria saltando los autores de unas cuestiones a otras. El estilo es desaliñado, incluso en el uso de algunos calificativos. Por ejemplo se describe como "agridulce" una frase que se inicia de la siguiente rotunda manera: "Sois unos cabrones". Pero la cuestión que abordan los autores es de tan extrema importancia y

actualidad que el lector no deja un momento de sentirse apasionado por aquello que va leyendo.

No tiene sentido tratar de desgranar una a una las novedades que el libro proporciona, que tampoco son tantas, como ya se ha indicado, pero sí, en cambio, apuntar las conclusiones a las que llega el lector, más que los autores.

La catastrófica gestión del Ministerio del Interior en estos últimos años aparece en este libro con toda su crudeza, pero confirma también que las directas responsabilidades penales —no las políticas que llegan a lo más alto, Felipe González incluido— parecen detenerse en Barrionuevo y Corcuera mientras que sus sucesores se han tenido que ver con una pesada y pringosa herencia de la que era imposible salir con decoro. La historia se resume bien brevemente: un grupo de políticos profesionales, sin formación específica en temas de seguridad, asume una tarea de importancia cardinal que les sirve para saquear las arcas públicas. El resultado es la chapuza y la carencia del más mínimo respeto a cualquier moral. Esto último es lo que liga el GAL y los fondos reservados. Corcuera, que institucionalizó su mal uso, resulta todavía más responsable que su antecesor. Lo que asombra es que los patrocinadores de estas tropelías tuvieran la pretensión de

librarse del castigo. Más que en los datos ya conocidos puede cifrarse esa enloquecida confianza en sí mismos en detalles como los alquileres de residencias turísticas a cargo del erario público.

Así es porque otra sensación que percibe el lector es la de que la tarea de investigación de los periodistas se ha visto muy facilitada por la considerable porosidad de ese Ministerio en la que se ha alcanzado la apoteosis de la chapuza en la falta de discreción, incluso respecto de materias que podían dar con los huesos en la cárcel de quienes no la practicaban. Tras esa pretensión de que podían no ser descubiertos nunca muchos altos cargos han hablado para entremezclar acusaciones sin que los periodistas tuvieran otra cosa que hacer que dejar funcionar sus grabadoras. No viene mal recordar esa realidad para evitar la megalomanía de quienes trabajamos en la prensa.

Creo, finalmente, que el libro, incluso de forma involuntaria, deja bien claro que hay cuestiones que la prensa ha sobrevalorado y hay personajes con los que ha practicado una curiosa piedad que se demuestra por completo injustificada. El llamado "informe Crillón", cuya gestación se atribuye a Serra, de momento sin ninguna prueba, no parece cuestión tan grave. De su lectura se deduce que se refiere a la fortuna de Conde en el exterior y no a sus supuestas

pretensiones políticas; no se ve, por tanto, en qué puede consistir lo punible del mismo. En cuanto a Amedo y Roldan corremos el peligro de que su utilización como testigos de cargo haga olvidar el grado de sinvergonzonería y criminalidad al que llegaron. Un ejemplo: basta con que se encargue de alguna investigación el exdirector de la Guardia Civil para que inmediatamente pida a quienes han de llevarla a cabo una doble contabilidad con

el propósito que bien se puede imaginar.

### *Memorias*

El género memorialístico, que en España parece reservado para los políticos profesionales que han abandonado el ejercicio de la vida pública ha visto la aparición de un nuevo libro, el de *Gonzalo Fernández de la Mora*, "Río arriba", Barcelona, Planeta, 1995, en el que el exministro de Obras Públicas, antiguo monárquico, narra su trayectoria biográfica.

Entre los exministros del régimen de Franco, Fernández de la Mora tiene el indudable mérito de provocar la polémica. A nadie se le puede ocurrir discutir con Girón o Utrera Molina pero el antiguo titular de Obras Públicas, culto, inteligente y estimable escritor — menos cuando, por ejemplo, para referirse a sus veranos juveniles en Galicia los describe como "galaicos estíos impúberes"—, lo que defiende está tan en las antípodas de la democracia y lo hace con tal rotundidad autoconvencida que provoca, aparte de indignación, ganas de enfrentarse con él. La Editorial Planeta, no se sabe bien por qué, parece esmerarse últimamente en proporcionar al lector este tipo exclusivo de memorias, como si esos fueran los únicos españoles que pudieran cultivar el género.

Fernández de la Mora pretende que toda su teoría política

constituye un triunfo del "logos" sobre el "pathos". Su vida es, desde luego, todo lo contrario porque recuerda obsesivamente esos chicos—"bestezuelas rencorosas"—que le apedreaban en tiempos republicanos y dice creer cosas tan inverosímiles como que Azaña era un dictador, que hay una conspiración internacional para evitar la publicación de sus libros en otros idiomas o que la penetración de la masonería en el Ejército explica la transición. Sus textos son articulados y cultos pero está demasiado encantado de conocerse a sí mismo, algo muy propio de quien le explicaba a Ortega los libros que éste debía escribir. La tesis política que defiende se resume en que los hombres son desiguales desde el nacimiento por lo que el mejor sistema de gobierno es una "oligarquía renovada por cooptación". No hay que negarle el desparpajo al enunciarla sin pretender edulcorarla en lo más mínimo.

Así no puede extrañar su complacencia en el régimen de Franco. Aparte de un retrato de éste que, descontados los tintes hagiográficos, no deja de tener mérito, poco hay de auténtica novedad en cuanto nos cuenta de esa etapa. El aspecto más curioso de estas memorias es el que se refiere a la liquidación de cuentas del autor con la Monarquía y con los monárquicos. Olvidando las setenta y dos horas de cárcel que padeció cuando,

siendo joven, lanzó panfletos de esta significación, ahora Fernández de la Mora desparrama vitriolo contra la que en otro tiempo llamaba "institución secular". D. Juan aparece como un ser minúsculo, ambicioso, cambiante y vacío. A su hijo y actual Rey, por el que—nos dice—Franco sentía "ternura", le describe como insensato, indiscreto y bordea el calificativo "traidor" porque el de "ingrato" lo está sugiriendo, en la práctica, a cada instante. No

hay oportunidad desperdiciada para poner a caldo al Rey, incluidas las de peor gusto (como la muerte de su herma-,no) ni las más duras (como recordar que un conocido monárquico le denominaba "su bajeza"). No escapan tampoco a su mirada aviesa los inspiradores de D. Juan a los colaboradores del Rey, desde Sainz Rodríguez a Fernández Miranda. Lo primero se explica por deseo de vapulear a cierta distancia a Luis María Ansón, porque también "ABC" recibe el correspondiente rapapolvo: le atribuye desde colaboración con la conspiración marxista hasta "esquizofrenia mercantil".

No todos los juicios de este libro están motivados por la profunda repugnancia que a Fernández de la Mora le produce la transición o la democracia, pero sí los más decisivos. Acerca de esta etapa el exministro proporciona noticias interesantes y curiosas. Confirma, por ejemplo, que fue el adversario más peligroso (y también el más inteligente) en el camino hacia la libertad de los españoles. Trató de evitarla en el momento oportuno (no el 23-F sino en septiembre de 1976) y con el único instrumento posible, los militares. Afortunadamente no lo logró porque estremece imaginar una oligarquía en que cooptara él. Puestos a elegir, la prefiero gobernada por personas de otro nivel.

*Historia*

Entre los varios libros interesantes aparecidos recientemente acerca de Historia contemporánea española quizá merezca la pena traer a colación aquí uno que tiene como mérito principal, pero no único, la novedad en el enfoque. Me refiero al de Mercedes Cabrera, *"La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)"*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Como indica la autora de este libro, uno de los aspectos en los que la historiografía española, que ha avanzado tanto en un plazo muy corto en el descubrimiento de nuestro pasado más inmediato, no ha logrado cambios sustanciales, ha sido la biografía de los empresarios. En España hemos sido capaces, en cambio, de profundizar en el conocimiento de la trayectoria de nuestras empresas pero éstas muy a menudo revelan bastante menos que quienes las animaron e hicieron posibles. Lo malo es que para conocer la biografía de un gran empresario no bastan los balances de una sociedad ni las cuentas de sus competidores, a lo que puede reducirse la Historia de una gran empresa. Es exigible documentación de carácter privado e incluso íntimo y los empresarios no suelen producirla y menos aun legarla al futuro.

Eso es lo que convierte en excepcional la figura de Nicolás María de Urgoiti que, siendo uno de los empresarios más

importantes de la España del primer tercio del siglo XX, tuvo también un interés muy manifiesto y activo en materias como la prensa y la política. En el fondo, por ello mismo, era quizá un empresario poco típico en la España de su época pero este mismo hecho proporciona una visión completa de una parcela de la Historia contemporánea española. Sus abundantes escritos autobiográficos le han facilitado a Cabrera la redacción de un libro inteligente y cuidado.

Urgoiti empezó siendo el principal empresario papelerero español de comienzos de siglo. Aunque no fuera obra exclusivamente suya "La Papelera española", nacida de un esfuerzo de racionalización de esta rama productiva, facilitó el abaratamiento de costes aunque no pudo competir con las importaciones extranjeras. Como empresario, Urgoiti trató en todo momento de incrementar la demanda de papel y eso le convirtió en interesado en la prensa y la edición españolas de la época. En ambos terrenos, sin embargo, encontró dificultades en parte por actuar al mismo tiempo como industrial papelerero proveedor y como competidor y en parte también porque la propia sociedad española se mostró mucho más resistente a los propósitos modernizadores de Urgoiti de lo que cabía pensar en principio. Sus dos grandes iniciativas en este terreno, el diario "El Sol" y la sociedad de edición CALPE, tardaron bastante en resultar rentables o no lo fueron nunca. De esta condición dual de su personalidad como propulsor de empresas resultó inevitable que Urgoiti se fuera desprendiendo con el paso del tiempo de tal modo que a mediados de los años veinte quedó tan sólo al frente de "El Sol".

Esto nos lleva a la consideración del importante papel que le

correspondió como animador de actividades parapolíticas. Urgoiti, de familia de procedencias ideológicas dispares, fue un liberal modernizador que no confiaba mucho en el Rey Alfonso XIII, admiraba a Maura y que hubiera deseado una transformación política española en sentido democrático para España. En términos generales puede decirse que su opinión se identificó con la de Ortega y Gasset, quien fue el gran animador de sus iniciativas periodísticas y aun de las editoriales; tan es así que a veces se ha podido pensar que el filósofo era el único inspirador del diario "El Sol", cuando éste no se entiende sin la persona del empresario y entre él y Ortega hubo a veces diferencias de criterio importantes.

Ambos, sin embargo, eran un buen indicio de la voluntad modernizadora de la sociedad española durante el reinado de Alfonso XIII. La tragedia es que a partir de un momento este propósito colectivo quebró y sumió a Ortega y Gasset en el mutismo y a Urgoiti en la locura. Los propósitos de "El Sol" hubieran podido llevar a la España de Alfonso XIII a una monarquía democrática, pero la contraofensiva dentro del propio accionariado de la sociedad por parte de elementos conservadores arrojó al empresario y al filósofo a las filas republicanas. Cuando el nuevo régimen llegó ni el uno ni el otro pudieron desempeñar un papel importante y eso tuvo unas

consecuencias muy negativas para esa nueva singladura de la vida española. El destino de ambos tuvo un paralelismo perfecto con la pendiente hacia la guerra civil. Urgoiti tardó mucho en salir de la crisis personal a la que le llevó la crisis de sus empresas en tiempos republicanos y siempre se reprochó a sí mismo, injustamente, el destino del país.

### *Religión*

Nuestro recorrido por las novedades bibliográficas va a concluir en este número de "Cuenta y Razón" con la mención a dos libros de lo que ha sido habitual juzgar que tenían un contenido escandaloso. Se refieren a materias religiosas y son el de *Eugen Drewermann, "Clérigos. Psicodrama de un ideal", Madrid, Trotta, 1995*, y el de *Pepe Rodríguez, "La vida sexual del clero", Barcelona, Ediciones B. 1995*.

La crítica de libros suele ser proclive a la benevolencia pero éste no va a ser el caso de la presente. Los dos libros de que va a tratar son muy diferentes de factura: sólido, denso y culto el primero, obra de un teólogo alemán, y con explícita voluntad de escándalo por sendas más que dudosas el segundo. La coincidencia en la temática se alia en la divergencia radical respecto al tratamiento.

Drewermann, que muestra un alejamiento muy considerable de la teología y la moral católicas, presenta al sacerdote como una especie de burócrata de Dios que sublima en una supuesta vocación compensatoria su propia inseguridad ante el mundo. Los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia se convierten en manos de esta secta neurótica y neuro-tizante en la antítesis del mensaje de Jesús que el autor pretende desvelar por sí solo y para todos.

Las críticas que, sin embargo, desde la propia coherencia intelectual y sin introducir ninguna alusión a la ortodoxia religiosa, se pueden hacer a este libro son considerables. La primera se refiere a que el autor parece pretender descubrir un Mediterráneo cuando es algo evidente, y que apenas necesita ser presentado con estridencias, que la peculiaridad de la vida del clero puede inducir a determinados sesgos en el carácter de quienes pertenecen a él. Es, por otro lado, injustificable pensar que esta situación es reciente y menos aún de los últimos tiempos. Ahora bien, uno se pregunta si esa situación no puede superarse y no es superada de hecho por aquellos miembros del clero que conoce. La respuesta evidente es que es así sin la menor duda. Tratándose, por tanto, de un problema real y considerable parece obvio que no tiene que ser planteado en absoluto como una barrera imposible de superar. Es más, la misma observación empírica permite constatar lo contrario a lo que en el libro se dice: un buen sacerdote, quizá porque haya superado esos problemas en el punto de partida, es una persona que poco tiene que ver con esos desequilibrios.

Pero la crítica principal que puede hacerse de este libro no radica en este punto sino en la propia coherencia interna del autor. Los ejemplos tomados de la literatura francesa contemporánea

no pueden considerarse como descriptivos de la realidad del sacerdocio sino que lo que les convierte en materia novelable es precisamente la excepcionalidad. No tiene, por tanto, sentido alguno partir de que el estado actual del sacerdocio se contiene en esas actitudes e interpretarlas a partir del psicoanálisis. Pero, además, el autor no parece tener en cuenta que el psicoanálisis no es más que una terapia médica, no una metafísica y menos aún el único instrumento

para interpretar la realidad. Todo el despegue que muestra Drewermann por algunos dogmas desaparece ante el psicoanálisis que algún malintencionado bien pudiera sugerir que se podría aplicar a sí mismo. Tal juicio puede parecer muy duro pero la propia entidad del libro merece tratarlo con exigencia.

El segundo texto del que aquí vamos a tratar está lejísimos de la densidad del anterior y viene a ser una prueba de que en ocasiones las cuestiones importantes son susceptibles en España de un tratamiento que bordea el esperpento. El Sr. Rodrigue/ se presenta nada menos que como "investigador de la realidad social" y aparece precedido por una larga serie de prologuistas, algunos de los cuales (Miret Magdalena, Victoria Camps...) son bien conocidos. Sin embargo el lector empieza a leer el texto y se encuentra con unas pretensiones científicas más que dudosas y sobre todo un afán de escándalo del peor estilo. Es sencillamente ridículo pretender hacer una estadística con porcentajes en los que se pretenda atribuir a los miembros del clero determinadas prácticas sexuales. El autor dedica unas páginas a justificar la ilegitimidad del celibato obligatorio pero la mayor parte de ellas consisten en narrar casos morbosos o repugnantes con el agravante de culpar de las monstruosidades más extremas nada menos que a los obispos



que, según él, tolerarían el grado más abominable de hipocresía para justificar la vigencia de ese celibato. En realidad este libro no sirve para otra cosa que para

probar que a estas alturas perdura todavía en algún sector de la sociedad española un género de anticlericalismo que no tiene nada que envidiar al de los años treinta. Lo único que

llama la atención es que un libro de estas características haya podido ser prologado por personas que merecen un respeto (y no el libro).